

# La iglesia de San Agustín de Lima

## (Apuntes históricos)

POR

VÍCTOR DÍAZ DE TUESTA, OSA.

### I. *Nuestra primera iglesia*

En el año de 1551 se establecieron en Lima por primera vez los agustinos en el lugar que ocupa ahora la Parroquia de San Marcelo, Veintidós años después, por iniciativa del entonces provincial de Ntra. Sra. de Gracia del Perú, el P. Luis López de Solís, se trasladaron «al sitio y asiento donde hoy estamos a ocho de julio de 1573». «Costaron las posesiones de las cuatro cuerdas del circuito en que hoy está el convento de San Agustín más de sesenta mil pesos, como consta de los libros del gasto». Al año siguiente bendijo «la primera piedra don F. Gerónimo de Loayza primer arzobispo de Lima el día 19 de julio de 1574»<sup>1</sup>.

«Fuese edificando con profundos y sólidos cimientos, como pedía obra que tan levantada se había de edificar, toda de ladrillo y cal. Las portadas de su Iglesia son de columnas labradas con excelente arquitectura, muy altas y anchas en debida proporción. La principal debajo del coro es obra corintia y la otra, dórica; siendo las bases y el tercio de labrada cantería»<sup>2</sup>.

Esta fachada ha resistido incólume todos los terremotos, excepto en el adorno de su parte central. Es de estilo renacimiento del siglo XVI. La parte ornamental del centro que Calancha describe de orden corintio, hubo de ser cambiada en el siglo XVIII para reconstruirla con el estilo barroco florido que

---

1. CALANCHA, Lib.I., c. 39, p. 247.

2. *Ib.*

tiene actualmente. Las dos de los lados se conservan íntegras como las hicieron al principio con su sobrio estilo en el orden dórico. Estuvieron destinadas a soportar su torre cada una; pero sólo llegó a existir la que se hizo en 1637 por obra del artífice José Sida, siendo provincial y prior el P. Juan de Ribera.

«La Iglesia es de tres naves. La principal y la capilla mayor es cubierta de lazos de madera, obra sexavada, entreveradas con hermosura grandes piñas doradas por pijantes puestas a racimos de oro y azul; siendo la cornisa de la misma obra. Las dos naves colaterales de ricas bóvedas de lajería hermosa. El coro bajo es de bóveda, y el alto de madera... La sillería es obra real, costó veintemil pesos y siendo de cedro es mayor su aprecio. Cada silla tiene en un nicho entre columnas un santo de media talla de alto de vara y cuarto... Hay dos órdenes de sillas altas y bajas, y son casi doscientas»<sup>3</sup>.

Según esta descripción, toda la iglesia estaba cubierta por un artesonado estilo mudéjar semejante al que aún se conserva en la antesacristía, que es de mediados del siglo XVII. El cuerpo de la nave principal consta de tres arcos longitudinales por cada lado, además de los dos del coro, asentados sobre sus correspondientes pilastras. Sobre los arcos laterales se levantaban paredes bastante altas, lo suficiente para dar cabida a las pinturas que había en ellas, terminadas en la cornisa que apoyaba la techumbre por ambos lados en toda su longitud. Debajo de esta cornisa a poca distancia se abría un ventanal sobre cada arco: tres a cada lado de la iglesia, con sus balcones mirando hacia dentro: «Repártense por ellos nuestros músicos, cuando cantan a tres y a cuatro coros. Es de gran deleite y majestad este género de música, que siendo de ordinario buena y de oficiales diestros, alegra el ánimo y levanta el espíritu»<sup>4</sup>.

Entre ventana y ventana había «grandes lienzos con anchos cuadros, doradas molduras y cortinas de seda». Eran seis a cada lado, y «en los doce está pintada la vida y tránsito de la Virgen Santísima, obra de un sacerdote nuestro Fr. Francisco Vejarano, extremado pintor». «Por debajo de estos lienzos y tribunas llenan los vacíos arqueándose la pintura, seis grandísimos lienzos tres a cada lado, cada uno con una virtud moral o teológica de extremado pincel del mismo artífice, hermoseando lo exterior de los arcos varios matices con atributos de la Virgen Santísima en manos de ángeles»<sup>5</sup>.

«El arco toral por el lado de la Iglesia está adornado con un grandísimo lienzo, que del techo de la iglesia hasta el arco toral baja arqueado, en que está nuestro Padre San Agustín sentado en un trono con un Sol en la mano dando luces a ocho o diez Doctores de la Iglesia, que reciben los rayos en las plumas

---

3. *Ib.*, Lib. I., c. 39, p. 247.

4. *Ib.*

5. *Ib.*

con que escriben y todos están en cuerpos gigantes; obra de aquel único y raro pinto Mateo de Alexio, que lo fue del Papa Gregorio XIII». «Las capillas laterales, por los altos están adornadas con lienzos excelentes, obra Romana, con cuadros y recuadros, obra preciosa».

«Digamos todo junto el adorno de las paredes. Desde los arcos hasta los suelos, y los pilares por todas cuatro partes, y los techos de las bóvedas está cuajado de frisos y molduras doradas, y entre oro y oro excelentes pinturas, y en los lienzos diversidad de santos de nuestra Religión, y otros de los más celebrados de la Iglesia, dando remate con azulejos a la hermosura del templo».

«Tiene catorce retablos en las capillas, y cuatro en los pilares, de gran costo y mayor hermosura. El del altar mayor, fuera de los lienzos que por hacer más gala están entre los santos de bulto, y entre las figuras de media talla, (y cada lienzo retrata diferente acción de nuestro Padre San Agustín), lo cuajan ángeles y virtudes, da vuelta por la cumbre con ser altísima, y es tanto lo cresco y lo galano, que con el dorado y estofas de colores hace la pieza más preciosa que tiene aqueste Reino. El Virrey Príncipe de Esquilache decía, que ningún retablo había en toda España que le igualase ni hiciese competencia. Costó sin el pincel (que es obra de nuestro fraile) más de treinta mil ducados. Todos los otros retablos si son menores, no son desiguales en lo precioso».

«Los entierros que están en nichos de grandes caballeros, como lo manifiestan los hábitos de Santiago, Alcántara y sepulcros de piedra, añaden al ornato y autorizan la gravedad. El sepulcro, capilla y retablo del lado de la Epístola es magnífico; advocación de la Concepción de Ntra. Señora y de San Guillermo: es la Capilla, retablo y sepulcro del Maese de Campo General Don Francisco de Cárdenas y Mendoza y de su mujer doña Leonor de Vera y Aragón, nobles casas y de ascendientes títulos. Murió esta Señora con opinión de santa, merecida por sus limosnas, recogimiento, oración y penitencia. Dejó hijo que heredó esta Capilla. Todo junto parece un cielo y dilata con su vista los gozos y los corazones <sup>6</sup>.

A esta descripción del P. Calancha añadamos que en la bóveda del sotocoro había una representación de la Gloria. Esta pintura debe atribuirse a Angelino Medoro, a juzgar por lo que el P. Vázquez dice, aunque algo enrevesado. Al lamentar los destrozos que el terremoto de 1687 hizo en nuestro convento e iglesia, Vázquez hace una referencia a la pérdida de «infinitas pinturas, todas las más de las famosas manos de Angelino Medoro, de Alexio y de nuestro insigne Bejarano, de que estaba toda la Iglesia vestida, especialmente el arco toral y el coro bajo, éste con una representación del Empyreo tan extendida y bien pintada que era una gloria el mirarla; y aquél, con un lienzo del

6. *Ib.*

*lux Doctorum*, esto es, de mi Agustino con un Sol en la mano llenando de luz a todos los Doctores de la iglesia, obra en que agotó su estudio el inmortal Medoro»<sup>7</sup>.

Según parece, Vázquez atribuye a Medoro la pintura del arco toral, de la que nos ha dicho el P. Calancha que se debió al pincel de Mateo Alexio; y como la mayoría de las pinturas del cuerpo de la iglesia pertenecían a nuestro P. Bejarano, no quedaría cosa importante para Angelino Medoro aparte de la magnífica pintura del sotocoro. De lo cual deduzco que, efectivamente, esa era suya.

Toda esta profusión de adornos y pinturas desapareció con el terremoto de 1687.

## II. *El diseño del siglo XVI*

El P. Calancha no nos ha señalado la planta de la iglesia ni el lugar preciso ocupado por cada una de sus partes. De la primera intención, parece que ni los terremotos pueden cambiar estos datos. Las dimensiones de dicha planta, por lo menos desde fines del siglo XVII, medidas por el interior de la iglesia sin contar las paredes, son: 74,20 m. de largo por 29,50 de ancho, de los cuales hemos restaurado 45 m. El resto espera la reconstrucción desde 1908. Pero la mudanza de fines del siglo XVII fue tan radical que bien pudiera haberse corregido o añadido algo al diseño primitivo en esa época. Yo creo que, en cuanto al trazado de la planta, nada de esto ha sucedido. La primera iglesia llenaba todo el lugar que ahora ocupa lo construido con lo que todavía sigue en ruinas. Esto es evidente para su cuerpo principal desde la fachada hasta el cruce-ro. Pero no se ve claro cómo se distribuían sus partes desde el principio del cruce-ro hasta el retablo del altar en la capilla mayor o presbiterio.

Si leemos con poca atención a Calancha, podríamos quedarnos con la idea de que cuando dice: «La Iglesia es de tres naves; la principal y la Capilla mayor es cubierta de lazos de madera», queda como sobreentendiendo que esta capilla mayor es una simple e inmediata prolongación de la nave central. Y así parece que lo han entendido algunos críticos por razones que vendrían a confirmarse en esta frase. Sin embargo, ya hemos leído antes lo que el P. Calancha escribe sobre la capilla de San Guillermo con el sepulcro de don Francisco Cárdenas y Mendoza, situada al lado de la epístola. Este sepulcro se conserva intacto hasta ahora con su leyenda, lo cual es prueba fehaciente de que el presbiterio de la iglesia primitiva ocupaba el mismo lugar que tuvo en el siglo XVIII cuyas ruinas se conservan hasta ahora.

---

7. VÁZQUEZ, Lib. V, cap. 2, t. 2, p. 8.

¿Cómo era la parte inmediata a las tres naves de la Iglesia, o sea, la correspondiente al crucero? Por lo pronto debemos presuponer que las naves laterales estaban cerradas sin comunicación directa con el crucero. Es seguro que la puerta de acceso a la sacristía era la misma que existe ahora. La sacristía de esa época era relativamente pequeña y debía ocupar la parte que hoy llamamos «antesacristía», por supuesto sin los adornos que vinieron después. El P. Calancha nos cuenta, con ocasión de la llegada al Perú de la copia del santo Cristo de Burgos, el largo pleito que el convento sostuvo con el capitán Juan de Cadaalso. Este caballero tenía en nuestra iglesia una capilla bajo su patrocinio y para su entierro, y exigía «que el santo Cristo se pusiera en una capilla suya por capitulación antigua, que habiendo de haber Cristo en el convento, se había de poner en su Capilla. Era pequeña y por donde se pasaba de la Sacristía a la Iglesia, circunstancias encontradas con el retiro y gravedad que se deseaban para esta imagen de tanta devoción»<sup>8</sup>.

Se ve, pues, que junto a la puerta que comunica la antesacristía con la iglesia estaba la pequeña capilla del capitán Cadaalso. Todavía se conservan en la pared próxima a dicha puerta grandes y abundantes huecos donde estaban insertos los gruesos tacos de madera que servían para asegurar sólidamente el retablo del altar perteneciente a la capilla de Cadaalso. Por su parte, el P. Vázquez nos dice que la iglesia reconstruida en su tiempo tenía catorce altares, de los cuales, tres correspondían al crucero: dos al lado del evangelio, y uno en el de la epístola, que era el Ntra. Sra. de Gracia situado frente a la nave lateral correspondiente, que ya estaba abierta al crucero. La descripción del P. Vázquez sobre la colocación de los altares es del todo clara, y uno se queda confuso al contemplar las señales también clarísimas de un retablo junto a la puerta de la antesacristía, que no encaja en la cuenta del P. Vázquez. También el P. Calancha nos dice que en la iglesia del siglo XVI había catorce altares, y necesariamente debían ocupar el crucero tres de ellos. Pero sólo al leer el detalle de la capilla de Cadaalso nos damos cuenta de la verdadera distribución de retablos en el crucero, que cambió en su segunda época. La capilla de Cadaalso desapareció a fines del siglo XVII, dejando sus huellas en el reducido trozo de su pared. El espacio que seguía a ésta hasta la pared transversal en la que después se colocó el retablo de Ntra. Sra. de Gracia, estaba reservado para otra familia: la de don Bernardino de Texeda y su mujer doña Úrsula de Vega, cuyo sepulcro se conserva en el subsuelo. Esta familia no tenía retablo propio ni altar.

La pared medianera con la antigua sacristía (actual antesacristía), es la que fue de la capilla de Cadaalso, más lo que a ésta le faltaba para completar

---

8. CALANCHA, Lib. I., c. XXXIII, p. 273 - año 1593.

el brazo del crucero. Más allá detrás de la sacristía había un gran espacio vacío, y el año 1643 el P. Juan de Ribera, que pocos años antes había hecho construir la torre de la iglesia, y en la sazón era prior del convento, propuso al capítulo conventual y éste aprobó, hacer una sacristía nueva «que sea mejor y de una obra insigne y durable», y que debía levantarse desde los cimientos <sup>9</sup>. Ésta es la sacristía actual, y su pared izquierda entrando, que al principio va rasando con el testero de la capilla de san Guillermo, deja después un angosto espacio entre la sacristía y la pared del presbiterio, donde se instaló el lavatorio en 1669.

Todo esto, a mi ver, indica claramente que el plano total de la iglesia primitiva se ha conservado sin cambios. y si en la parte del crucero ha variado algo, debe de haber sido muy poco. Quizá únicamente lo que supone la implantación de las cuatro pilastras preparadas por el P. Martín Ixar de Mendoza para la media naranja que proyectaba.

### III. *La segunda iglesia. Proyecto del P. Ixar de Mendoza*

Debajo del presbiterio hay en la actualidad una cripta, que con toda seguridad no existía en la iglesia primitiva, ni tampoco en 1669 cuando se completó la sacristía grande con su lavatorio. Parece seguro que esta cripta fue construida por el P. Martín de Ixar y Mendoza durante su provincialato desde el año 1681 al 1685. De él nos dice el P. Vázquez: «Sobre todas sus obras resplandece la de haber derribado el Templo viejo de nuestro Convento grande de Lima con ánimo de fabricarlo todo a lo moderno». De hecho el P. Ixar sólo derribó lo correspondiente al crucero y la capilla mayor. Sigue el P. Vázquez: «Se erigió en los años que le duró el gobierno el maravilloso Presbiterio sobre aquel subterráneo prodigio del arte, el Preparatorio, al que se entra por nuestra magnífica Sacristía». ¿Derribó el P. Ixar las paredes del presbiterio para asentar bien su cripta? Tal vez no fue necesario. De todos modos hubo de respetar las capillas de las reliquias y de San Guillermo, que se conservan substancialmente como las describe el P. Calancha.

El P. Vázquez habla profusamente del subterráneo o cripta: pero nada dice del altar mayor, lo que parece indicar que el P. Ixar no lo terminó. Dejó, sí, concluidos «todos los cuatro pilares en que habían de descansar los cuatro torales arcos, firmamento de la media naranja» <sup>10</sup>.

Es digno de notarse que la ubicación de esas cuatro pilastras mandadas construir por el P. Ixar, exigen dos arcos torales en el lado que mira hacia el centro de la Iglesia, a saber: el arco de que habla el P. Calancha y estaba soste-

9. Véase P.G. MONTES-La Gr. Sac.

10. VÁZQUEZ, Lib. IV, c. I., t. I de la copia, pp. 162-163.

nido por sus propias pilastras antiguas, y el que debe construirse sobre las pilastras nuevas adosadas a las anteriores. Parece que el P. Ixar, según las noticias del P. Vázquez, tuvo intención de cambiar totalmente la Iglesia antigua. El terremoto ocurrido dos años después de terminar su provincialato, la redujo a escombros, dejando en pie todas las pilastras con sus arcos laterales. El P. Ixar tal vez quería derribar también estos arcos con sus pilastras, para hacer un diseño completamente nuevo en el que se excluyera la duplicidad de arcos torales, cosa que parece poco artística. El P. Vázquez parece insinuarnos que no llegó a cumplirse el proyecto del P. Ixar cuando dice: «Si en aquel magnífico orden se hubiera después proseguido su obra, fuera nuestro Templo el primero del Perú»<sup>11</sup>. Al terminar en 1685 su provincialato el P. Ixar, salió elegido el P. Zanabria su recomendado. De éste dice Vázquez que se mostró ingrato con su protector, tal vez porque tomó con poco entusiasmo la continuación de su obra. Una de las disposiciones del capítulo en que fue elegido fue ésta: «Aplicáronse los expolios de los Religiosos difuntos para la fábrica de esta Iglesia»<sup>12</sup>. Me parece que con tal gasto no podría avanzar mucho la magna obra del P. Ixar de Mendoza. El terremoto de 1687 hizo imprescindible la continuación de su proyecto.

El día 20 de octubre de 1687 sobrevino el espantoso terremoto que arruinó la iglesia de San Agustín y su convento. Fueron dos sacudidas fuertes: una a las cuatro de la mañana y la otra a las seis. De ésta dice el P. Vázquez, testigo presencial: «más de un cuarto de hora permaneció en furiosos remezones la tierra, y puedo decir sin ponderación que en todo el día y la noche del 20 de octubre perseveraron sin adquirir su antigua tranquilidad»<sup>13</sup>. Se perdieron todas las pinturas que adornaban la Iglesia: la de Mateo Alexio en el arco toral, las de nuestro P. Bejarano que embellecían las paredes y la de Angelino Medoro en sotocoro. La estructura de la fachada quedó en pie en sus tres cuerpos; pero debió de sufrir mucho la ornamentación de su parte central, de la que dice el P. Calancha que «era obra corintia», pues fue reconstruida totalmente después del terremoto. La torre levantada por el P. Ribera en el año de 1637, también sufrió algunos desperfectos, principalmente al desprenderse su campana grande, arrastrando tras sí la cúpula de la torre en que colgaba y, después de romper el fuerte enmaderado del campanario, el techo de la librería o postcoro y la cúpula de la capilla de San Miguel, se entrerró dos varas en el suelo.

El convento quedó tan destrozado e inhabitable que los religiosos tuvie-

11. *Ib.*

12. Lib. V, c. I, p. 3.

13. Lib. V, c. II, t. II, p. 6.

ron que vivir malamente hacinados durante ocho meses en una chacra que poseía el convento cerca de la actual plaza Dos de Mayo. Dice el P. Vázquez: «Luego que vino el Provincial [P. Zanabria] de la Visita en la cual le halló la terribilidad de este golpe se dio providencia en componer decente morada al divino Sacramento en una parte de la arruinada Iglesia, y competente habitación para los Religiosos, todo lo cual dispuesto con celeridad increíble, dejamos todos aquel campo»<sup>14</sup>.

Y poco más debió de hacer el P. Zanabria, a quien el P. Vázquez pinta un tanto pusilánime. Le sucedió en el provincialato el P. Pizarro en julio de 1689, e inmediatamente «emprendió generoso unas obras sólo medidas a la grandeza de su corazón». «Limpió todo el Convento de montes funestos de ripio». «Levantó la casi arruinada torre, sacando a costa de enorme dispendio y trabajo el gigante de metal o campana grande del centro de la bóveda donde se hallaba enterrada, y colocándola en la altura». «Fabricó una dilatada vivienda y aderezó otra para los Religiosos»<sup>15</sup>. También reedificó la mitad del claustro central del convento. Le sucedió el P. Pedro de San Martín en 1693.

De éste dice Vázquez: «A cuarenta mil pesos llegaron los que gastó en varias obras. Fue la más célebre la de haber sacado de la confusión de las cimbrías y oscuridades nuestro Preparatorio, perla preciosa de la arquitectura. Formó en el vestíbulo o entrada de él un lavatorio compuesto por cuatro ángeles de cándido alabastro». Estas líneas son un ejemplo del poco cuidado que a veces se advierte en el P. Vázquez en la precisión del significado histórico de sus frases. Podría entenderse que el P. San Martín construyó el lavatorio, que ya estaba terminado desde el año de 1669 como remate de la gran sacristía comenzada en 1643 por el P. Ribera. En aquellas fechas no existía el Preparatorio o cripta. Lo que sin duda hizo el P. San Martín fue restaurar los daños causados por el terremoto y «muy posiblemente», añadir su «elevada bóveda con su vistosa laterna». Añade Vázquez que el lavatorio está compuesto de cuatro ángeles, cuando nunca tuvo más de tres como se ve ahora, y esto nadie mejor que el P. Vázquez lo sabía, pues muchas veces debió de lavarse en él. Sería, pues, un descuido lamentable del historiador, aunque me inclino a creer que es más bien una errata del que transcribió la copia que poseemos.

La segunda y no menos apreciable empresa fue la del presbiterio y capilla mayor de nuestro templo, la cual cubrió de fortísimas cerchas de incorruptible cedro, dejándola perfectamente acabada, como también perfectas las dos capillas colaterales, de las Reliquias y de San Guillermo»<sup>16</sup>.

14. *Ib.*, t. II, p. 9.

15. *Ib.*

16. Tom. II, p. 52.

Al P. Pedro de San Martín sucedió el P. Pedro de Soto, en cuyo provincialato de 1697 a 1701, ya pudo abrirse al público la mayor parte de la nueva iglesia, gracias a la ayuda de una Hermandad constituida siguiendo los consejos de un vizcaíno, Francisco Astolabeitia, que había visto en Méjico cómo los PP. Aggustinos después de un incendio que redujo a cenizas su Iglesia, la reconstruyeron mejorándola en dos años. Lo que hubiera sido imposible por sus cortos recursos, «fue muy fácil a su cristiana industria. Formaron con acuerdo de su Definitorio, una 'carta de Hermandad' en la cual al que diese quinientos pesos para la fábrica del abrasado templo, prometían hacerle partícipe de todos los sufragios etc.». «Agradóles a los Religiosos del arbitrio, y aunque el P. Provincial estaba en la Visita, de suerte movieron al M.R.P.M.Fr. Nicolás de Hurtado y Ulloa Prior y Vicario Provincial, que juntando al Definitorio y en él tratando con larga consulta la materia, por fin resolvieron fundar la Hermandad con las propias circunstancias que en México...». «Formada, pues, la carta..., se dio sin dilación a la prensa, y firmadas muchas de todos los definidores, se comenzaron a repartir entre aquellos ciudadanos que se conocían afectos a nuestro Instituto» ... «En pocos días pasaron de treinta mil los pesos que habían dejado los Hermanos. Nombróse entre ellos tesorero en cuyo poder entrase toda la limosna, y por cuya mano se gastase con orden y concierto cuanto fuese necesario. Y para que en todo se conociese haber sido de la mano de Dios este milagroso dictamen, movió el corazón de Dn. Bartolomé Noriega, caballero de singulares prensas y tierno amante de N.P. San Agustín, a que no contento con la piedad común de inscribirse como hermano, ejecutase la hazaña de constituirse procurador de la hermandad, agente de la fábrica y sus materiales y, por decirlo mejor, hacerse el todo de una obra tan magnífica. Dije que fue el todo, no como ponderación, sino como realidad, pues abandonando al punto sus propios intereses, sólo se entregó en los aumentos de la obra; ya enviando navíos a Guayaquil y Chile por las maderas, ya conduciendo de varias partes los materiales, ya escogiendo los más diestros artífices y más robustos peones, ya aplicando su persona al penoso ejercicio de sobrestante, y ya en fin, cuando había calma en los asientos, supliendo muchos miles de pesos. De cuarentamil pasaron los que suplió en varias ocasiones hasta que se coronó el edificio» <sup>17</sup>.

«Con los fervores de este gran Varón y el copioso socorro de los Hermanos, se prosiguió la comenzada fábrica con tal calor y tanta copia de Oficiales, que pudo antes de concluir su gobierno estrenarla N.M.R.P. Provincial [P. Pedro de Soto], quedando sólo para empeño de su sucesor la fábrica del Coro

---

17. Lib. VI, c. II, t. II, p. 66.

alto y bajo, y la obra insigne de la Portada para la cual quedaban ya en franquía muchas excelentes piedras. En el espacio corto de dos años y diez meses no sólo se acabó lo que tocó a lo esencial del edificio, sino también lo que tocaba a lo formal del Templo»<sup>18</sup>. Las fiestas de su dedicación duraron tres días, y debió de ser en el año de 1700, o primera mitad de 1701.

Mientras se construía la Iglesia con el cuidado inmediato de Bartolomé Noriega, el P. Pedro de Soto prosiguió la restauración del convento. Dice el P. Vázquez: «El claustro principal (del cual dejó concluido un ángulo la actividad del P. Pizarro), fue el blanco hermoso de sus cuidados; y no sólo lo concluyó con la belleza y desenfado que ahora registran todos, sino que sobrándole tiempo, corazón y dinero levantó desde los cimientos la pieza del General y bóveda de los Religiosos, obras donde echó el resto el arte acompañado de la curiosidad y el ingenio. Pero en medio de que sus bóvedas y paredes bordados de lazos de oro, tarjas y atributos del mismo tinte, láminas y pinturas romanas son blanco de la admiración y el gusto, lo que más allí se estima es la rara fortaleza de su fábrica, pues siendo las bóvedas de incorruptibles cerchas sostenidas en fuertes vigas y muros de cal y canto, parece imposible que en lo humano pueda flaquear su constancia»<sup>19</sup>.

Tal vez exagera algo nuestro historiador al decir que el P. Soto «levantó desde los cimientos la pieza del General y bóveda de los Religiosos». Esta pieza es la misma que nos describe el P. Calancha con estas palabras: «Tiene de bóveda una pieza el claustro, que es el Capítulo, sala ilustre cuajada de cuadros de la Orden, pincel Romano en doradas molduras, y una Capilla con rejas. Este Capítulo es el entierro de los Religiosos»<sup>20</sup>. Los cuadros de la Orden, —san Agustín repartiendo sabiduría a los doctores en el testero; la conversión de san Agustín; san Agustín conversando con san Ambrosio; huida de Agustín— son los mismos que pueden admirarse ahora en la capilla interior del convento. El P. Soto debió de fortalecer algo las paredes, conservando los cuadros en los sitios que ocupaban antes. Con todo, el General o Capítulo debió tener siempre la misma forma que se conserva ahora, como parece exigirlo el gran cuadro de N. Padre en el testero, y también la «Capilla con rejas» en la parte delantera. El P. Soto hizo restaurar la bóveda con tal fortaleza, que viene resistiendo incólume el embate de muchos terremotos.

Algunos años antes, probablemente durante el provincialato del P. San Martín, estaba ya concluido el famoso retablo del altar mayor dedicado a N.P. San Agustín, «en el que acumuló el ingenio del insigne Aguirre todos los

18. *Ib.*

19. Lib. VI, c. I, t. II, p. 63.

20. CALANCHA, Lib.I., c. XXXIX, p. 250.

milagros de su arte»<sup>21</sup>. Fue costeado por el P. Francisco de la Cerda con los recursos obtenidos de su familia noble. El P. Vázquez habla de él con motivo de su elección para visitador en 1673. Algunos, impresionados sin duda por este dato, piensan que las obras de la iglesia patrocinadas por el P.F. de la Cerda se refieren a tiempos anteriores al terremoto de 1687. Pero ciertamente no fue así. El P. Vázquez, que el día del terremoto estaba en el noviciado, nos dice que él «fue testigo ocular, no sólo de su gran virtud y observancia, sino de casi todos los empleos de sus bienes» en la fábrica de nuestra iglesia, «en la maravilla del altar mayor», «en la Capilla de Sta. Rita», etc.<sup>22</sup>. Después de ser visitador de 1673 al 1677, administró bastantes años la hacienda de Talambo, con cuyos recursos se sustentaba el colegio mayor de San Ildefonso, y en su edad proveccta, libre ya de otros cuidados, dedicó sus entusiasmos a la restauración de la iglesia.

Inaugurada ésta en el año de 1700 ó principios de 1701, hubo pocas variantes durante algunos años. El P. José de Orejuela, provincial desde 1705 al 1709, «concluyó el altar de nuestra madre santa Mónica, e hizo el bello tabernáculo del pilar que mira al púlpito»<sup>23</sup>. Las obras cobraron nuevo entusiasmo al comenzar el provincialato del P. Pedro Zabala en 1709, quien las puso en manos de su paisano el P. Félix Aranguren. Éste, «viendo las ansias (del P. Provincial) que se acabase el coro bajo, se aplicó con tal conato y fervor a esta empresa, que siendo obra por su magnificencia, de muchos meses, en pocos la puso tan cabal y perfecta que la vio estrenada antes de irse el Provincial a su desgraciada Visita»<sup>24</sup>. A la muerte del P. Zabala ocurrida el primer año de su gobierno, fue elegido el P. Aranguren provincial regente de 1710 a 1713, y continúa el P. Vázquez: «Heredando con el empleo su espíritu, prosiguió la obra del Coro hasta dejarle en lo alto y bajo perfectamente acabada y capaz de servir a la práctica del divino Oficio»<sup>25</sup>. Gastó cerca de cinco mil pesos para hacer el órgano.

El P. Marcos Pérez de Ugarte, provincial desde 1713 hasta 1718, hizo «la pieza entera del antecoro con tanto primor y costo, que ninguna obra de las que brillan gníficas en este Convento puede excederlas».

El P. Alejandro la Paz (1717-1721), comenzó restaurando la sillería y solado del coro. «Manteniase éste con unos desnudos escaños y unos petates groseros que cubrían con poca limpieza el suelo. Pero haciendo juntar todos los fragmentos de la antigua sillería, dejó al arte de peritos oficiales su ajuste y

21. Lib. III, c. I, t. I, p. 105.

22. *Ib.*

23. Lib. VI, c. 11, p. 112, t. II.

24. Lib. VI, c. 20, p. 16, t. II.

25. *Ib.*

composición. Éstos pues, limpiando las piezas que pudieran servir y fabricando de nuevo las que faltaban, llenaron de sillas en cuatro órdenes todo el Coro, y aunque faltaron las tallas antiguas [la iglesia quedó a merced de un verdadero saqueo a raíz del terremoto], parece que excede la numeración de los guarismos la riqueza que quedó perdida sin esperanza de restauración en este Convento. Del cual, como de ciudad saqueada de enemigos, iban extrayendo cuantos querían los fragmentos de la madera, y a vueltas de ellos, muchas piezas enteras y alhajas, que después hubieran excusado infinitos gastos. En este mísero saco [a que después se puso algún remedio] pereció gran parte de la preciosa sillería <sup>26</sup>, y Coronaciones por estar las más irremediables, se logró no sólo la comodidad, sino la decencia. A la cual añadió decoro y majestad la hermosura del solado compuesto, no sólo de pulidos ladrillos de Cambray, sino de sos vistosas Rosas de pintados azulejos» <sup>27</sup>.

«Tener una Plazuela y un hermoso Cementerio había sido siempre el blanco de nuestros anhelos». El P. Alejandro la Paz compró todo el solar frontero de la iglesia y portería, y derribando con celeridad cuantas parecían viejas servían de ruinoso embarazo en aquel sitio, no sólo dejó una hermosa plazuela para desahogo del cementerio, sino fabricó en el medio círculo de ella unos suntuosos altos y vistosas galerías que no sólo dan belleza a la plazuela, sino majestad al tiempo y a su maravillosa fachada» <sup>28</sup>. También el P. Paz «canteó de arriba abajo la torre y media en que terminan las naves colaterales de la Iglesia» <sup>29</sup>.

El P. Vázquez, tan abundante en detalles, no nos dice quién hizo la parte central de la fachada que se corresponde con el coro. Probablemente fue el P. Félix Aranguren quien la terminó al mismo tiempo que el coro en el período de su administración desde 1709 al 1713. A propósito del gobierno del P. Pedro de Soto concluido en julio de 1701, nos dice el P. Vázquez que pudo inaugurar la iglesia «quedando sólo para empeño de su sucesor la fábrica del coro alto y bajo y la obra insigne de la Portada, para la cual quedaban ya en franquía muchas excelentes piedras» <sup>30</sup>. Bartolomé Noriega con su Hermandad debió de acumular estas piedras con vistas a finalizar la obra con la fachada, ya desde los principios de su administración. Y volvió a interesarse en el asunto en el año 1709 con el P. Aranguren, como se lee en un artículo publicado en «El Comercio» de Lima el día 19 de junio de 1980 por el P. Antonio San Cristóbal, claretiano, quien logró descubrir un contrato notarial celebrado el 17 de

26. VÁZQUEZ, Lib. V, c. II, t. II, p. 8.

27. Lib. VI, c. 27, p. 198, t. II.

28. *Ib.*, p. 199.

29. VÁZQUEZ, *Ib.*

30. Lib. VI, c. II, t. II.

agosto de 1709 por el P. Félix Aranguren y don Bartolomé Noriega por la parte del convento de San Agustín, con el maestro cantero Ignacio de Amorín para cortar y transportar hasta la iglesia de San Agustín las piedras necesarias para la portada, por el precio de 4.422 pesos y 4 reales.

Parece inverosímil que las muchas y excelentes piedras dejadas en franquía por el P. Soto en 1701 se fueran labrando poco a poco en los ocho años que pasaron sin que se hiciera casi nada digno de ser contado por el P. Vázquez. Según la noticia descubierta por el P. San Cristóbal, el P. Aranguren tomó muy a pechos la obra de la portada que, sin duda, dejó prácticamente terminada. Debió concluirse del todo en el cuatrienio del P. Marcos Pérez de Ugarte, quedando para el P. Paz la colocación de las tarjas donde inscribió la fecha de 1720 como coronación final de todas las obras que rodean la iglesia, incluso el adorno del vestíbulo de la entrada principal y la plazuela que hay al frente.

El P. Marcos de Alcocer (1721-1725) completó la parte artística de la sillería del coro. El P. Alejandro la Paz la había concluido «en lo preciso que toca a no faltar ninguna silla; pero faltándole todos los respaldos que se componen de muchos santos de media talla, y hay rosas, coronaciones, marioletas y perillas. Estaba pobre y melancólica la sillería. Por eso aplicándose al N.P. Pvl., en tiempo más coroto de lo que se esperaba, consiguió empresa tan costosa»<sup>31</sup>.

En el centro de la balaustrada del coro que mira al templo había un altar con hermoso crucifijo «siendo su estatura de más de vara, y su materia fino y diáfano marfil»<sup>32</sup>.

En la iglesia había catorce altares distribuidos en la siguiente forma según el P. Vázquez: entrando por la puerta principal a derecha en el sotocoro, santa Rita y la Virgen de la Valvanera. A la izquierda en el sotocoro, san Miguel y Ntra. Sra. del Carmen. En el cuerpo de la iglesia, entrando a la derecha, después de la puerta que da al claustro del convento, san Eloy (cofradía de los plateros), con Ntra. Sra. de la Misericordia, y a continuación, santo Tomás de Villanueva. En la nave de la izquierda, entrando, después de la puerta de san Nicolás que da a Camaná, san Nicolás de Tolentino y a continuación Ntra. Sra. de la Consolación. En el crucero la capilla mayor o presbiterio dedicada a la N. P. san Agustín. Junto a sus gradas al lado del evangelio, la capilla de las reliquias, y al lado de la epístola, la capilla de san Guillermo. En la parte exterior de la pared de las reliquias estaba, mirando hacia la correspondiente nave lateral, el altar del Cristo de Burgos, y a su lado en la pared de Camaná, el al-

31. Lib. VI, c. último, p. 224, t. II.

32. *Ib.*

tar de santa Mónica. En el lado de la epístola sobre la pared externa de san Guillermo, estaba la capilla de Ntra. Sra. de Gracia.

#### IV. Siglos XVIII y XIX

El terremoto del año 1746, poco más de veinte años después de concluida la iglesia en estilo barroco, destruyó casi totalmente el convento. Tomamos los datos de la consulta que reunió el P. Provincial Pablo Ponce de León el día 18 de noviembre de dicho año para tratar del asunto. «Estando juntos y congregados en el claustro segundo del Convento, por no haber lugar seguro en que poder asistir en lo que se había de tratar, les propuso los tres puntos siguientes». Fue el primero si sería conveniente en vista de la total ruina del convento, «el que sólo quedase en esta ciudad un número corto de religiosos, y despachar a los demás a los conventos de la Provincia» ... «Todos fueron de parecer que se ejecutase así».

El segundo punto fue: «Si sería conveniente que los Religiosos que quedaban en Lima fuesen a habitar conventualmente en la Huaquilla, o si se recogerían a vivir en dicho Convento grande en las pocas celdas que habían quedado habitables según los informes de los alarifes. La mayor parte fue de sentir que no desamparasen el Convento sino en lo que había habitable de él se congregasen y fuesen a vivir en comunidad».

En tercer lugar se trató sobre el modo como podría repararse las oficinas, horno y trapiche de la hacienda Bocanegra, «que era lo único de donde se podría lograr fruto para el sustento de los Religiosos». Y con esto se terminó la consulta sin decir una palabra de la iglesia. Lo cual, a mi parecer, es indicio bastante seguro de que ésta sufrió relativamente poco. Así debió de ser, dado que las fuertes cerchas a que alude el P. Vázquez, con sólo unos veinte años de existencia debieron mantenerse firmes.

Hasta el año de 1802 no hay noticias de reparaciones importantes en la Iglesia. En este año el P. Provincial Manuel Acereto propuso al Definitorio «que de resultas de la refacción que había emprendido y ya estaba concluyendo, de la Iglesia... y de un altar mayor nuevo por estar ruinoso el que había en ella, se hallaba en gravísima urgencia de dinero..., y se veía en la necesidad de pedir dinero prestado. El Definitorio lo autorizó».

Por estos tiempos se hicieron los cambios en los altares barrocos con ocasión de las reformas del Presbítero Maestro. En 1810 en una consulta del convento se convino en que la torre de la iglesia que estaba «muy maltratada», se restaurase debidamente.

### V. *La tercera iglesia*

El año 1894 vino a este convento de Lima, enviado por el P. General Rmo. Martinelli, el P. Eustasio Esteban con el cargo de Comisario general, acompañado por los PP. Valerio Avedillo y Manuel Noval. En los ocho años que estuvo en Lima el P. Eustasio hizo muy importantes reformas de toda clase. En lo que se refiere a la iglesia, después de la contienda de Cáceres y Piérola, se vio obligado a dedicar al culto únicamente el bajo coro y una arcada más, quedando lo demás en estado ruinoso. A fines de 1901 fue nombrado el P. Eustasio secretario general de la Orden y dejó como sucesor suyo al P. Ignacio Monasterio, que tomó posesión de su cargo el 12 de abril de 1902 con el título de comisario provincial dependiente de la Provincia del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas de España. En ese año fue clausurada totalmente la iglesia, y se trasladó el culto a la misma capilla que está sirviendo ahora mientras se concluye nuestra última restauración.

En el mes de junio de 1902 aprobó el capítulo conventual la reconstrucción de la iglesia, y en noviembre del mismo año se acordó que el material de reconstrucción fuera de ladrillo y se encomendaron los trabajos al arquitecto español don José Carreras. En enero de 1903 se aprobó el presupuesto presentado por el Sr. Carreras para derribar todo el techo de la iglesia y parte muerta de los muros. Cumplido este trabajo, el mismo arquitecto presentó los planos para el nuevo edificio el 31 de agosto del mismo año, los que fueron aprobados por la consulta del convento. El P. Gregorio Rivate se encargó de la administración y vigilancia de la obra dirigida por el arquitecto Carreras, y el Hno. Fr. Tomás Chueca fue su ayudante. En los primeros días de noviembre de 1903 comenzaron los trabajos que no se interrumpieron hasta el final <sup>33</sup>.

En el interior de la iglesia se conservaron los arcos laterales primitivos con sus pilastras, despojados únicamente de su revestimiento externo. Estas pilastras fueron reforzadas por la parte que mira al centro y por la opuesta, con dos voluminosos aditamentos que, desde su fuerte cimiento, subían pegados a las antiguas columnas y paredes superiores. Hasta rebasar la altura de los arcos laterales primitivos, para servir de apoyo a un nuevo columnato con sus correspondientes arcos que daba lugar a una galería extendida sobre las naves laterales. A la misma altura que esta segunda hilada de arcos tenían su arranque los grandes arcos transversales de la nave central, de modo que la nueva iglesia sobrepasaba en algo a la antigua cinco o seis metros. Según parece, el ingeniero Sr. Carrera quiso que la nueva iglesia de San Agustín de Lima hiciera recordar en algo la basílica de Montserrat de Cataluña en España.

33. Véase MONASTERIO, *Recuerdo*.

No se quería cambiar la fachada; pero, al ser la Iglesia más alta que antes, era preciso modificar la parte superior de la portada barroca; lo que hizo, conservando su estilo, con un moldurado de yeso bastante bien logrado, y un gran rosetón en el centro, muy hermoso de suyo; pero todo ello con algunas inevitables discordancias respecto a la obra antigua.

En cuanto al retablo provisional con el que fue inaugurada la iglesia en 1908, tengo por seguro que, en su mayor parte, era el mismo «altar nuevo» que el P. Provincial Manuel Acereto estaba construyendo el año 1802 «por estar ruinoso el que había».

Los que inauguraban la nueva iglesia confiaban en que su fortaleza podría resistir fácilmente los terremotos; pero el del 24 de mayo de 1940 hizo en ella tales destrozos que sólo pudo ser abierta al público de nuevo en el año de 1948. Casi todos los arcos de la nave central se abrieron y algunos perdieron sus claves. La bóveda del coro quedó deshecha y uno de sus arcos laterales se abrió dejando caer al suelo cerca de una tonelada de los ladrillos que formaban su cúspide.

Con los desvelos de los priores sucesivos del convento el P. José Macho, que comenzó la restauración en 1943, y el P. Ángel Rodríguez, después vicario apostólico de Iquitos, que pudo abrirla al culto en 1948, fueron consiguiéndose los recursos necesarios para llevar a cabo la restauración con la eficaz ayuda de las asociaciones religiosas que funcionaban en la iglesia.

A raíz del terremoto, siendo prior el P. Graciano Montes, «Monumentos Históricos» hizo apuntalar urgentemente con abundantes cuarterones de madera algunas partes de la iglesia que amenazaban ruina, los que prestaron buena ayuda en la reconstrucción. También «Monumentos Históricos», mediante la intervención activa del muy recordado ingeniero don Rafael Marquina Bueno, restauró la sacristía cuya bóveda se había hundido.

## VI. *La cuarta iglesia*

En octubre de 1966 hubo otro temblor que, aunque no muy fuerte, causó algunas pequeñas rajaduras en los arcos no peligrosas. En la semibóveda que cubría el presbiterio sí hubo que reparar algunos desperfectos. Pero sobrevino el terremoto del 4 de octubre de 1974 a las 9 horas y 23 minutos de la mañana, que duró más de dos minutos y medio, derribó sobre el altar la bóveda antedicha y causó numerosas rajaduras en toda la iglesia, algunas inquietantes. Hubo que suspender el culto. Los técnicos, tras exámenes someros, no se atrevían a dar su opinión.

La asamblea general de nuestra Provincia del Perú reunida en Lima, aprobó el 25 de julio de 1975 «la restauración de la iglesia». En noviembre de

1976 encargó la comunidad del convento al arquitecto don Guillermo Payet la revisión detenida del estado de la iglesia después del terremoto a fin de ver lo que podría hacerse para restaurarla. Aunque con alguna renuencia al principio, aceptó el compromiso y tomó muy a pechos el asunto. Se hicieron numerosos estudios, fueron consultados los técnicos en estructuras y se tomó el debido contacto con el Instituto Nacional de Cultura, a cuyo cargo están los monumentos históricos, como es el caso de nuestra iglesia.

Después de prolongadas discusiones se llegó a la conclusión de que el estado de los arcos y bóvedas centrales no ofrecía una seguridad adecuada frente a un posible nuevo terremoto, y al no ser suficiente una reparación superficial, parecía necesario derribar todo lo hecho desde 1903 a 1908. Para poder abrir de nuevo al público nuestra iglesia, teníamos que destruirla casi por completo, y reconstruirla en el estilo barroco que tenía en el siglo XVIII. Esto último era la opinión decidida del INC y también de los más entendidos y la nuestra.

Antes de consentir que nuestra entrañable iglesia de San Agustín de Lima quedase convertida en monumento ruinoso perpetuo, la comunidad resolvió afrontar todos los sacrificios que resultaren necesarios para devolverla lo mejor posible a su antiguo esplendor.

El 27 de enero de 1978, el arquitecto don Guillermo Payet envió al «Instituto Nacional de Cultura» con su firma y la del P. Manuel Cid, prior de convento, «un ejemplar del *Estudio de condiciones que pueden normar la reconstrucción del actual templo de San Agustín* elaborado por el suscrito, contenido en un cuadernillo, 7 planos en copia ozalid y 7 segundos originales». Se pedía al mismo tiempo «una entrevista a la mayor brevedad posible con el objeto de disponer lo conveniente a fin de que el Instituto Nacional de Cultura autorice al convento de San Agustín a iniciar, por su cuenta, los trabajos preliminares de demolición requeridos».

En efecto, no muchos días después hubo una reunión de los más altos representantes del INC presidida por su presidente el Sr. José Correa Orbegoso, a la que asistimos el arquitecto don Guillermo Payet, el prior del convento P. Manuel Cid y un servidor que esto escribe. Después de una detenida discusión quedó establecido que, previo un apropiado estudio, la comunidad de San Agustín podía proceder a la demolición de todo lo construido a principios de este siglo y reconstruir en una primera etapa el coro y la nave central hasta el crucero, reproduciendo con material moderno el estilo barroco que tenía la iglesia en el siglo XVIII en armonía con la fachada que aún se conserva. Las naves laterales pueden quedar por ahora como están. Todo se irá haciendo con la aprobación del INC, el cual no puede contribuir a la obra económicamente por el momento por carecer de recursos; pero está dispuesto a ayudar en lo

que fuere posible. A nuestra propuesta, con el aplauso del Sr. Correa, quedó designado director responsable de la obra el arquitecto don Guillermo Payet.

El arquitecto Payet que había examinado atentamente todos los documentos habidos a su alcance sobre nuestra iglesia, señaló este párrafo de la Memoria de la inauguración de 1908 del P. Ignacio Monasterio: «Al examinar las columnas que sostenían la antigua bóveda de madera se notó que estaban sobre falso cimientto, razón por la cual hubo que cortarlas a cincel para levantar otras más sólidas sobre nuevo cimienttos». Don Guillermo quedó desconcertado, porque sin cimienttos fuertes nada puede edificarse que ofrezca alguna seguridad contra los terremotos. Mandó examinar cuidadosamente los cimienttos de las pilastras primitivas, y se encontró que los tienen muy fuertes y profundos, pues hecho el análisis hasta más de dos metros de profundidad, no se alcanzó a su principio ni se halló falla alguna. No se ve claro lo que el P. Monasterio quiso indicar, pues él mismo escribe a continuación: «Por no destruir los arcos centrales que separan las naves, etc.», lo cual significa que ni las columnas fueron cortadas a cincel, ni sufrieron cambios sus cimienttos.

A propósito de esto, recuerdo una conversación oída al Hno. Tomás Chueca en Barcelona hace más de 60 años. Le gustaba hablar de la iglesia de Lima en cuya obra había tenido eficaz intervención; y en una ocasión decía que habían querido echar abajo las columnas; pero eran tan fuertes y resultaba tan costosa la obra, que prefirieron dejarlas y añadirles refuerzos nuevos. Y así se ha visto ahora al tener que echar al suelo lo que el Hno. Cheuca levantó. Sólo cortaron a cincel los salientes de las pilastras del crucero.

Comprobada la fortaleza de los cimienttos, se procedió a completar los estudios previos e ir haciendo los planos de la obra. El 20 de julio de 1978 se obtuvo el permiso del municipio para comenzar la demolición, y el 24 del mismo mes empezaron a desarmar el retablo del altar mayor. Ya había sido retirada la sillería del coro, y se estaba haciendo lo mismo con el órgano.

El día 2 de agosto de 1978 la consulta del convento examinó las propuestas del arquitecto Payet para llevar a cabo la demolición de la iglesia y su restauración por administración, ya que era imposible calcular un presupuesto de gastos ni siquiera aproximado. Fueron aprobadas por unanimidad. El día 6 de agosto comenzaron a demoler las bóvedas y pilastras añadidas a principios de este siglo, en la parte que mira a la nave central, dejando así al descubierto las pilastras originales. En el lado correspondiente a las naves laterales no han sido tocadas, ya que, como hemos dicho, estas naves permanecen substancialmente intactas por ahora. Se hicieron algunos cálculos sobre los gastos y tiempo de la demolición; pero la realidad iba mucho más a prisa de lo previsto para los gastos, y más lenta para el avance de la obra. Al llegar los demoledores al área del coro y fachada, se multiplicaron las dificultades. El último terre-

moto abrió en la fachada principal, al lado derecho del que la mira, una enorme e inquietante brecha que bajando desde lo alto, se detenía al nivel del coro, con amplios bordes de cascote demolido. Cuando el albañil que la reparaba había penetrado grieta adentro unos dos metros, se encontró con otra pared que no estaba rajada. Ambas paredes meramente adosadas, al no tener una unidad compacta, entrechocaron con las sacudidas del terremoto, produciéndose la rajadura mencionada y otras no menos graves en la pared del lado que mira al convento. Hubo que deshacerla para reconstruirla de nuevo en parte. Se desmontó asimismo la parte alta sobreañadida a la fachada y todo lo que había sido preparado para servir de pase a la proyectada torre central que, felizmente, nunca fue construida. Una vez demolido el coro con todas sus adyacencias, quedó despejado el ambiente para comenzar la reconstrucción.

En 1908 el coro fue reducido a una sola bóveda. Para entendernos bien, me parece oportuno recordar aquí la descripción de bóveda que hace el P. Vázquez para el caso: «Llamo bóveda al ancho de la forma de las lunetas que es el espacio que hay de pilar a pilar, o de arco a arco, cuyo intervalo es propiamente la bóveda». Por varias razones de orden técnico y artístico, había que dar dos bóvedas con sus cuatro lunetos —o lunetas— al coro que iba a ser reconstruido. Para afirmar debidamente sus bases, junto a las seis pilastras antiguas —tres a cada lado—, se construyeron otras tantas desde sus cimientos con fuerte armadura de hierro y cemento en el mismo lugar que ocupaban las añadidas en 1908, ahora eliminadas; pero no simplemente adosadas a las primitivas, sino sólidamente engrapadas con ellas mediante numerosas varillas de acero que, soldadas a la parte nueva, penetran profundamente en la antigua acompañadas con cemento líquido inyectado a gran presión, con lo cual se consigue una fuerte unidad de resistencia contra los terremotos. También se hicieron de nuevo los dos arcos laterales de la segunda bóveda del sotocoro.

Preparadas convenientemente las bases del coro, se comenzó su construcción para la cual se dispuso un tupido juego de vigas de hierro y cemento que, con sus correspondientes rellenos y las vigas ancladas en las paredes del contorno, componen los pisos del coro, antecoro y postcoro, formando con sus paredes una sólida unidad muy eficiente contra los temblores.

A unos 2,50 m. sobre el nivel del coro, encima de las anchas paredes de ladrillo no muy altas que desde su origen hay sobre los arcos de ambos lados de la nave central y a todo su largo —unos 30 m. por cada lado— se ha construido una enorme viga de acero y cemento de más de 2 m. de ancho y 0,80 de grueso, que confiere una gran seguridad a los arcos y pilastras de abajo ceñidas por ella contra los vaivenes laterales causados por los terremotos. Sobre ella se apoyan los arranques de los grandes arcos centrales y las paredes en que se abren las ventanas y rematan en los arcos que subtienden los lunetos. Esta

viga extendida por ambos lados de la nave central, llega a enlazarse con la estructura descrita para el piso del coro, y, como las dos bóvedas de éste son más altas que las tres del cuerpo de la iglesia, al llegar al primer arco del coro, se levanta una fuerte columna sobre la cual continúa la viga al nivel de la cornisa del coro hasta anclarse profundamente en la pared de la fachada. De este modo se reduce a una sola unidad toda la iglesia desde la portada hasta el crucero.

Los arcos transversales de la iglesia llevan sobre sus lomos otras dos vigas de hierro y cemento paralelas a las de la base para enlazarlos todos entre sí. Si se divide en tres partes iguales el diámetro de estos arcos, las perpendiculares levantadas desde los extremos de la parte intermedia, tocarían los puntos de los arcos por los que pasan las mencionadas vigas de amarre, y en ese mismo punto concurren los vértices de los lunetos; con lo cual, según los cálculos de los técnicos, se consigue la máxima resistencia de todas las bóvedas contra los temblores.

Como ya queda dicho, las dos bóvedas del coro y sus tres arcos, con unos 20 m. sobre el nivel del suelo, son más altas que las tres correspondientes a la nave central, que sobrepasan poco los 18 m. Este hecho hace imposible que todos los arcos de la iglesia puedan unirse, mediante estas vigas transversales, en un solo conjunto estructural. Hay dos vigas para los tres arcos del coro y otras dos a nivel más bajo, para los cuatro de la nave central. Esto que, a primera vista, parece perjudicar la solidez del conjunto, quizá da ocasión a una gran ventaja, no bajo el punto de vista económico ciertamente, sino de la seguridad misma de la construcción; porque si ésta resulta muy alargada, la contracción del cemento puede producir rajaduras peligrosas en cualquier parte; para evitar lo cual, los técnicos exigen colocar juntas de dilatación a determinadas distancias. Esta condición queda perfectamente cumplida con la separación estructural de los dos bloques: coro y cuerpo dental hasta el crucero. Todo el resto de las bóvedas, aparte de arcos y vigas, está formado por una delgada cárcara de cemento sólidamente unida a las vigas y arcos mediante tupida red de varillas de acero soldadas a los mismos. Por su parte externa fueron cubiertas con una capa de cemento, cal y polvo de ladrillo molido para protegerla contra los cambios bruscos del calor y absorber el agua de las escasas lluvias limeñas.

Al hacer la demolición hubo que desmontar la parte alta de la portada añadida en 1908, con lo cual quedó destruida una parte de la fachada antigua. La nueva estructura de esta pared, aligerada en su peso y robustecida con un fuerte entramado de pilares y vigas de cemento armado, remata su cumbre en un ancho arco conjugado con el primero de la bóveda del coro, en el cual se habían dejado para este fin largas y numerosas varillas de acero destinadas a

formar sólida unidad de resistencia contra los temblores. Sobre esta recia estructura había que plasmar de nuevo los complicados motivos ornamentales que tuvo la fachada en su parte superior desde el siglo XVIII, para lo cual se dejaron varillas de anclaje en numerosos puntos meticulosamente determinados.

La torre no será restaurada por ahora; pero queda preparada sólidamente su base, sobre la que se han instalado las seis campanas, hasta que llegue el día de su construcción, que podrá ser emprendida sin dificultades técnicas especiales.

Una vez terminadas las estructuras por su parte externa, comenzó el largo y difícil trabajo de los innumerables detalles artísticos de su interior, comenzando por las molduras sobrias de los grandes arcos transversales, siguiendo por las más complejas de los lunetos combinadas con los bellos adornos de los ventanales rematados en arcos escarzanos. Todas las molduras de arcos y lunetos bajan hasta las ménsulas en que se apoyan y, repartiéndose por ambos lados de las mismas, van a enlazarse en una borla estilizada, remate inferior de las ménsulas. En combinación con éstas, corre a lo largo de la iglesia un entablamento con arquitrabe, friso y cornisa en múltiples molduras, importante adorno en el estilo barroco. Antiguamente se construían de madera y cañas revestidas de barro y yeso. Nuestros obreros dejaron soldadas al herraje de las grandes vigas que sostienen la bóveda fuerte varillas de acero que, hábilmente dobladas en conexión con otras y revestidas de malla metálica, forman a modo de largas canastillas que se recubren por dentro con cemento fuerte, y así quedan habilitadas para recibir por fuera las molduras también de cemento.

Más abajo de las cornisas se levantan las robustas pilastras con sus no menos robustos arcos que lo sostienen todo, y son las mismas que se construyeron en el último cuarto del siglo XVI, bajo los auspicios del P. Luis López de Solís, provincial entonces de los agustinos del Perú.

El sotocoro reconstruido íntegramente consta de dos bóvedas. Después de 1908 tenía sólo una; pero nuestro arquitecto Sr. Payet vio que la armonía del conjunto exigía las dos que tenía la iglesia primitiva hasta los albores del siglo XX. Como ya hemos indicado arriba, el piso de las tres piezas —coro, antecoro y postcoro—, está construido solidariamente con fuertes vigas de cemento armado enlazadas mutuamente y ancladas en las paredes correspondientes. Al hacerlas se dejaron por debajo numerosas varillas de acero soldadas a las que conforman el armazón de las vigas. Esas varillas fueron convenientemente dobladas y soldadas con otras auxiliares, y después de forrarlas con malla metálica, forman un robusto esqueleto, que cubierto de cemento por dentro y por fuera, sostiene toda la bóveda sin miedo a los temblores. Finalmente, como bello coronamiento del frontispicio del coro, se destaca la hermosa balaustrada de caoba en cuyo diseño ha consumido no pocas horas el

arquitecto Payet para reproducirla como debió de ser antiguamente, imprimiéndole una esbeltez digna del lugar, sin menoscabo de su fortaleza.

El lugar ocupado por la primera capilla que, al entrar en la iglesia, se encuentra a la derecha, estaba casi inútil. Nuestros ingenieros han logrado una reconstrucción perfecta de la existente en el siglo XVIII. Sólo se conservaban, bien maltratadas por cierto, las dos pequeñas ménsulas de pechina situadas al lado del arco lateral del sotocoro. Reconstruidas las cuatro ménsulas con sus arcos y pechinas, quedó modelada la bóveda un poco oblonga y muy rebajada. Esta deliciosa capilla estuvo dedicada a santa Rita en el siglo XVIII con un magnífico retablo. Ahora, sin retablo especial y con absoluta sencillez, queda consagrada a la Pasión del Señor, cuyo devoto recuerdo tiene un entrañable arraigo en los limeños. En el frente, bajo el centro del arco, está el Cristo de Burgos. A su lado izquierdo, el Señor atado a la columna. Al lado derecho, el *Ecce Homo* coronado de espinas, y en la parte central baja, el Señor agobiado por la cruz que lleva a cuestas. Tenemos así, sin regusto alguno a museo, las cuatro imágenes más artísticas que posee nuestra iglesia del tiempo de los vireyes. En la capilla que está a la izquierda del que entra en la iglesia se ha conservado la restauración hecha después del terremoto de 1940 para dedicarla a Ntra. Sra. de Fátima a costa de la pia asociación de su nombre.

Las naves laterales, una vez reparados los pequeños daños del terremoto y con leves cambios, forman con la parte de la nueva iglesia un conjunto menos impropio de lo que se temía a causa de su estilo diferente. Sus retablos no desdican del resto.

Las ocho grandes ventanas dan luz abundante; pero no llevan los vitrales deseados a causa de su excesivo costo. Hemos tenido que contentarnos con una buena disposición de su armazón metálica y vidrios de catedral en dos colores.

La pintura ha sido objeto de un detenido estudio de los entendidos. Por fin se escogió un color crema sutilmente matizado en dos tonos: uno claro casi blanco para las bóvedas, y el otro intenso para las paredes, tratando de dar realce sobrio a la diversidad de molduras. Parece que a todos impresiona agradablemente.

El piso también fue discutido largamente. Algunos añoraban los viejos ladrillos de Cambray de que nos habla el P. Vázquez y, en su defecto, de losetas de arcilla roja bien cocida. El P. Procurador de nuestra comisaría provincial zanjó la disputa gastando, más de un año antes de su colocación en previsión de la desafortunada alza de precios que padecemos, algunos millones de soles para ponernos en obra todas las losetas venecianas de tipo grande y de color blanco ligeramente matizado de marfil. Una vez colocadas sin franja alguna de adorno, dan a la iglesia amplitud y claridad que impresionan agradable-

mente. Yo creo que si nuestros antepasados las tuvieran a mano, no habrían preferido los ladrillos rojos, ni las nuevas losetas hubieran desentonado de su hermoso estilo barroco. Tampoco desentonan ahora, si no queremos cristalizarnos en el tiempo para admirar un museo de antigüedades. De hecho estamos en un templo viviendo en nuestro días el ambiente bello y devoto que nuestros antepasados supieron plasmar en sus iglesias. La hermosura elevándonos sin sentirlo a la adoración divina es lo que importa y debe permanecer en el tiempo.

El altar mayor ha sido preparado casi exactamente en el mismo sitio en que estuvo el anterior. Sus detalles, aunque dignos, son muy sencillos; ya que ocupará ese lugar sólo provisionalmente hasta que sean reconstruidos el cruce-ro y presbiterio. La sillería del coro con todos sus adornos, ya está instalada en su nuevo sitio, y el órgano también. Una vez terminada la complicada red microparlante, completa la instalación general eléctrica, y limpios y adornados los altares laterales, queda lista para su inauguración esta primera parte de la obra. Dios quiera que no pase mucho tiempo hasta la definitiva inauguración de su totalidad. Sin duda el éxito completo de nuestros trabajos sólo será logrado cuando la Cruz redentora se eleve sobre su acabada cúpula. Sólo con la especial ayuda de Dios hemos podido emerger de un montón de ruinas y dificultades, hasta llegar al día venturoso de esta nueva inauguración de la iglesia de San Agustín de Lima. Para mí sería un signo claro de la bendición de Dios sobre nosotros y sobre nuestra Orden en el Perú, si se prosigue sin prisas ni descansos la obra hasta su última y feliz culminación.